

bargo, van demasiado lejos y se ponen en contradicción con testimonios harto concretos los que quieren ver ya en ellos verdaderos agricultores. Mucho se ha discutido, sobre todo desde hace medio siglo, acerca de la forma de la propiedad en Germania y de muy diversa manera se han comentado los textos, con frecuencia poco claros, de César y de Tácito. Según César, no existe aún la propiedad individual aplicada a la tierra, y los germanos tienen poco trigo y se alimentan especialmente de leche, del ganado y del producto de la caza. Tácito dice que sus rebaños son su principal riqueza y que no se dedican a la agricultura; sin embargo, en muchos pasajes habla de sus campos de trigo e indica un turno según el cual se repartían anualmente las tierras cultivables, revistiendo, al parecer, la propiedad un carácter sobre todo familiar. En otras ocasiones menciona las casas separadas y rodeadas de una cerca, que son el origen de la propiedad individual que se desarrollará más adelante. Los germanos se encaminan visiblemente de la vida pastoril a la vida agrícola: desde los tiempos de César a los de Tácito el progreso es ya sensible, aun cuando sus sistemas de cultivo son en extremo rudimentarios.

Los germanos tienen un gobierno: cada pueblo forma un estado, lo que Tácito denomina una *civitas*; el estado se subdivide en cantones, *pagi*, y cada cantón está habitado por un grupo de familias. Los adultos, los guerreros, que componen el pueblo, se reúnen en grandes asambleas, a las que acuden armados; y allí, presididos por el sacerdote, que impone silencio y en caso necesario reprime y castiga, son elegidos los que en los cantones administrarán justicia, con ayuda de asesores. Los jefes, *principes*, toman la palabra y proponen medidas que los asistentes aprueban agitando las frámeas ó censuran dejando oír sus murmullos; y cuando se ha decidido una expedición, la asamblea elige de entre los que la componen al que habrá de mandarla, *dux*, el cual es escogido por su valor. Cada jefe tiene su bando de compañeros, *comites*, que le siguen, le obedecen y, si es preciso, le sirven de rehenes, le defienden en el combate y mueren con él; hasta en tiempo de paz constituyen a su lado una especie de escolta de honor. El jefe, en cambio, los conduce a la victoria y al saqueo, les da armas y caballos y los invita a los festines. El papel de los caudillos es, pues, importante, siendo ellos, en resumen, los que dirigen los destinos del pueblo que agradece sus servicios con presentes de cereales y de ganado. Un jefe germano, partidario de Roma, aconseja a Varo que les prenda a él y a los demás jefes: «privado de su dirección, dice, el pueblo no se atreverá a hacer nada.»

La realeza existe también entre los germanos y se apoya en antiguas tradiciones, según las cuales el rey descende de los dioses. En algunos pueblos, el soberano conserva un poder despótico; pero en la mayoría de los casos parece como si su autoridad se hubiese debilitado y fuese de hecho menor que la de los jefes, puesto que no puede castigar, ni encarcelar, ni pegar, y si se hace escuchar en las asambleas, más es por la persuasión que por la autoridad del mando. Indudablemente durante las largas emigraciones, en esas expediciones peligrosas a que tan aficionados eran los bárbaros, el valor y la osadía adquirían cada vez mayor

importancia, al paso que se desvanecía el respeto a la tradición y al origen legendario de la realeza. Además, nada hay tan contrario al desarrollo de un poder central como esos establecimientos en vastas regiones en donde los recién llegados no se oprimen todavía los unos a los otros; el pueblo se fracciona en pequeños grupos, cada uno de los cuales tiene su territorio separado y su jefe, y en tales casos la realeza, si tenía antes mayor fuerza, se va debilitando y ya no subsiste sino como una ficción, llegando acaso a desaparecer en algunos pueblos. Los germanos del Oeste, sobre todo, eran hostiles a la extensión del poder real: el héroe de las luchas de Germania contra Roma, en el siglo I, Arminio, fué asesinado porque quería hacerse señor absoluto.

Roma, con pérfida habilidad, se valió en algunas ocasiones de la realeza de los germanos como de un instrumento de dominación. Era esta una de las tradiciones de su política: los reyes a quienes protegía ó que imponía convertíanse en agentes suyos, y su sola presencia era a veces una causa nueva de discordias intestinas.

Entre los germanos hay diversidad de clases. Tácito habla de esclavos, cuya condición es diferente de la de los esclavos romanos: no están afectos a los servicios domésticos; cada uno posee su vivienda y su campo, y no tiene más obligación para con su amo que satisfacerle cánones en frutos. Al esclavo raras veces se le pega ó se le encadena, pero en algunos casos se le mata en un momento de cólera. En cuanto a los libertos, no se diferencian de los esclavos; Tácito no define claramente su condición, y tal vez debemos ver en ellos a los que más tarde veremos designados en las leyes bárbaras con el nombre de *lides* ó *lites*.

Por encima de todos están los hombres libres y los nobles. Tácito habla frecuentemente de estos últimos, pero sin indicar de un modo preciso el origen de la nobleza. Esta probablemente derivaba de la organización patriarcal, y los nobles eran sin duda los descendientes de las familias más antiguas, de las primeras que formaron el pueblo. Según parece, la nobleza, como la realeza misma, perdió en muchos pueblos su autoridad y no siempre salían de sus filas los caudillos, los *principes*; además éranle fatales las disensiones que perturbaban a los pueblos germanos: entre los queruscos, por ejemplo, habían desaparecido los nobles en el curso de las luchas intestinas.

Los germanos tienen instituciones judiciales. El Estado castiga los crímenes de derecho común, siendo considerados como tales los actos que comprometen la paz interior del pueblo ó los intereses generales; los traidores y los tráfugas son colgados de los árboles, y los cobardes y los disolutos infames ahogados en el fango de los pantanos debajo de un cañizo. Ya hemos visto anteriormente lo que sucedía con el homicidio: el derecho de venganza correspondía a la familia, siendo esta una costumbre que se remontaba a los tiempos en que el Estado apenas se organizaba y en que las familias eran como independientes unas de otras constituyendo en realidad pequeños Estados. A medida que se fué concretando la noción de derecho público, comprendióse mejor el inconveniente de estas guerras privadas que trastornaban a la comunidad; la «venganza»

no quedó suprimida, pero se admitió el rescate y se dispuso además que el Estado, el pueblo, representado por sus jueces, podía intervenir y fijar la pena, y una parte del precio de transacción, de la multa en caballos ó en cabezas de ganado se pagaba al rey ó al Estado, y el resto correspondía a la víctima ó a sus parientes. Más adelante los bárbaros redactarán sus leyes; pero en la época que estudiamos el derecho no tiene otra forma que la consuetudinaria que se transmite oralmente de una a otra generación.

Tales son, rápidamente bosquejadas, las costumbres de los germanos en el siglo I. Los caracteres que ofrecen los encontramos en la historia primitiva de la mayoría de los pueblos, sobre todo de los pertenecientes a la gran familia aria: mucho tiempo antes, los griegos y los romanos habían pasado por un estado de civilización análoga.

Es inútil consignar aquí la lista de los pueblos que enumeran Tácito, Plinio y otros escritores, y cuya situación nos dan a conocer con más ó menos exactitud, porque esos nombres no habían de tardar en su mayoría en desaparecer. Lo único que debemos recordar es que estos pueblos eran entonces numerosos, muy independientes unos de otros y poco dispuestos a ponerse de acuerdo para una acción común.

II.—Distribución de los pueblos germánicos en el siglo IV

Desde el siglo I al IV, la Germania se nos presenta envuelta en sombras más espesas. Los malos escritores de aquel tiempo, excepción hecha de Amiano Marcelino, se limitan a indicar, las más de las veces con escuetas menciones, las guerras que contra Roma sostuvieron esos pueblos, pero nada nos dicen de sus destinos interiores ni de su género de vida. De aquí que no podamos seguir las transformaciones de la Germania que en el siglo IV aparece muy distinta de lo que antes era.

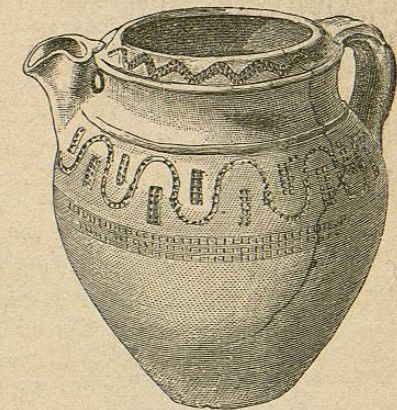
Los nombres de los pueblos que Tácito situaba en la orilla derecha del Rin no han desaparecido por completo, pero los que los llevan se funden en grupos más considerables, designados por nombres nuevos. Para explicar estas obscuras revoluciones, se ha supuesto que la Germania, desde el siglo I al IV, había sido devastada y desorganizada por la anarquía; que la población había disminuído en ella considerablemente, y que de los antiguos pueblos sólo quedaban algunos restos; pero esta hipótesis no resulta justificada. Al contrario, parece que en este intervalo la población de Germania aumenta, que sus habitantes se encuentran en ella más estrechos, que los pueblos se disputan las tierras cultivables y que aumenta el número de los que van a buscar fortuna allende el Rin ó el Danubio. Que nuevos invasores penetren en la Europa central, é inmediatamente las tribus, empujadas hacia adelante, se desbordarán por todas partes sobre el Imperio. Las agrupaciones nuevas que se han formado son, pues, un signo más bien de fuerza que de decadencia y de debilidad (1); mas no hemos de ver en ellas verdaderas confederaciones políticas, ya que los pueblos que las componen tienen una existencia independiente, y en

(1) Algunas de estas agrupaciones existían ya en tiempo de Tácito; véase especialmente lo que dice de los suevos, *Germania*, capítulos 38, 39.

tiempo de guerra, mientras unos combaten, otros permanecen neutrales.

Tres de estos grupos se extienden a lo largo del Rin por el lado de la Galia.

Al Norte están los francos. Ya hemos visto (2) en qué fecha hicieron su aparición en la historia y cómo, durante el siglo III, atravesaron y asolaron la Galia: los numerosos tesoros monetarios de aquella época que se han encontrado escondidos en el Norte, en el Este y hasta en el centro de la Galia, demuestran cuán miserable fué entonces la situación de los habitantes atemorizados por continuas alarmas (3). A veces las poblaciones se refugiaban en alturas de fácil defensa, y se atrincheraban en ellas a toda prisa; muchos de estos refugios, como el de Furfooz (Bélgica), han sido explo-



Vasija de barro de los francos, hallada en una tumba próxima a Worms

rados en nuestros días. Los francos eran también piratas: unidos a los sajones, recorrían como corsarios el mar y saqueaban las ciudades del litoral. Conocida es la historia de aquellos prisioneros francos que, según parece, se apoderaron de algunos buques en el mar Negro, y después de haber asolado las costas de Grecia, Asia y Africa, regresaron al Océano. Por esto los contemporáneos declaran a los francos «terribles entre todos»; su perfidia causa tanto miedo como su audacia; «para el franco es cosa familiar quebrantar siendo la fe prometida.» Las victorias de Probo contuvieron durante algún tiempo sus estragos, pero un historiador de aquella época escribe que «el recuerdo de sus derrotas exasperaba su valor en vez de abatirlo.»

Más tarde se dijo que habían venido de la Pannonia a establecerse a orillas del Rin, y en el siglo VII unos monjes, llena la mente de recuerdos clásicos, inventaron una leyenda pedantesca é hicieron de los francos los descendientes de los troyanos fugitivos que, bajo el mando de Príamo y de Antenor, se instalaron primeramente a orillas de la Laguna Meótide, construyendo allí una ciudad denominada Sicambria (4). La misma etimología de su nombre es obscura y probablemente

(2) Véanse las págs. 130 y siguientes del presente tomo.

(3) Blanchet, *Les trésors de monnaies romaines et les invasions germaniques en Gaule*, 1900. La mayor parte de estos tesoros fueron enterrados en el siglo III, habiendo sido encontrados principalmente en Bélgica, en el Oise, en el Aisne, en el Maine, en el Sena Inferior, en el Eure, en el Yonne, en el Nièvre, etc.

(4) Kurth, *Histoire politique des Mérovingiens*, 1893; apéndice I, sobre el origen troyano de los francos.

indica la intrepidez; pero lo que sí es cierto es que ya en el siglo III una región del Rin inferior lleva su nombre, *Francia*, y que muy pronto se extienden desde las desembocaduras del río hasta Maguncia. Entre los pueblos que Tácito había conocido en estas regiones, pertenecen al franco los camavos, los ampsivarios, los brúcteros, los sicambros, los catos y a los marsos. En el siglo I, los catos gozaban de gran fama entre todos por su disciplina militar, por su ardor guerrero y por sus costumbres rudas. «No tenían casas ni campos.»

Los francos se subdividen en grupos: al Norte encontramos el de los salios, citado en el siglo IV por Juliano y por Amiano Marcelino, y cuyo nombre no sabemos a punto fijo si se deriva del Sala (Yssel) ó de un radical céltico, *Sal*, que significa mar; según parece, compusieron este grupo los bátavos, los caninefatos, descendientes de los catos, los cugernios y los catuarios (1). Constancio Cloro penetró en su país, en Batavia, persiguiéndolos en sus pantanos y en sus selvas; pero algo más tarde avanzan hacia el Mosa y se establecen en la Toxandria, que corresponde al Brabante moderno. Juliano los derrota en 358, pero no los expulsa de allí, y convertidos en defensores del Imperio, se extienden a principios del siglo V hasta cerca de la selva Charbonniere, entre el Sambre y el Escalda.

Otro grupo franco, el que en el siglo VI será designado con el nombre de *ripuarios*, ocupa, al Sur y al Este de los salios, las orillas del Rin en la parte media de su corriente. El antiguo pueblo de los brúcteros, establecido entre el Lahn y el Ruhr, fué como el núcleo de este grupo; contra ellos especialmente lucha durante su estancia en la Galia Constantino, el cual pasa el Rin, junto a Colonia, por un puente de barcas y después de una campaña victoriosa entrega a las fieras, en el anfiteatro de Tréveris, a los reyes Ascarico y Mero-gais. El retórico Eumenio, desafiando a los francos, escribía en su panegírico del emperador: «Ya no os atrevéis a estableceros en las márgenes del río, y los castillos de este lado más bien adornan la frontera que son necesarios para defenderla. El labrador cultiva ahora sin armas esta orilla antes tan temida.» Sin embargo, en el mismo reinado de Constantino reanudan los francos su avance, y cuando Juliano se hizo cargo del gobierno de las Galias acababan de apoderarse de Colonia, que ocuparon por espacio de diez meses. Estas luchas llenaron toda la segunda mitad del siglo IV, hasta que por último, en 396, si hemos de dar crédito a las pomposas afirmaciones del poeta Claudiano, el bárbaro Estilicón, uno de los últimos generales afortunados del Imperio, pudo recorrer sin tropas la frontera del Rin (2).

Al Sur de los francos, desde el Mein hasta cerca de los Alpes, dominan los alamanes, que aparecen desde principios del siglo III cuando Caracalla, después de

(1) No puedo examinar aquí las teorías de Schröder, Müllenhof, Dahn, etc., relativas a la composición del grupo salio. Schröder, *Die Herkunft der Franken*, «Historische Zeitschrift», de Sybel, 1880; *Die Franken und ihr Recht*, «Zeitschrift der Savigny Stiftung für Rechtsgeschichte», 1881.

(2) Importa hacer constar que la distinción entre salios y ripuarios no se encuentra en los documentos antiguos con la precisión que algunos historiadores modernos han querido atribuirle. Respecto de los francos y de los alamanes en sus relaciones con Roma, véase Kurth, *Clovis*, segunda edición, 1901, libro I.

haberlos vencido, tomó el nombre de Alemánico. Su nombre mismo indica, y así lo atestiguan los historiadores antiguos, una asociación compuesta de elementos diversos cuyo núcleo formaron quizás los teucteros y los usipios y en la cual entraron más adelante otros pueblos de la región del Rin central. Posteriormente, la palabra suabio fué sinónima de alemán; y en efecto, el grupo alemán se constituyó principalmente con elementos del antiguo grupo suevo de los siglos I y II.

Los alamanes, a partir del siglo III, estuvieron en lucha incesante con Roma y aun a veces traspasaron los Alpes y atacaron la Italia. Por la parte del Oeste, fuerzan la línea de defensa que protege los Campos Decumates y ocupan las ciudades «nobles, ricas y poderosas» de la Galia (3). Hacia el año 277, el emperador Probo los arrojó más allá del Neckar y del monte Alba, ofreciendo para excitar el celo de sus soldados una moneda de oro por cada cabeza de bárbaro que le presentaran, y no cesando la guerra hasta que nueve reyes fueron a prosternarse a sus plantas. Entonces se establecieron en el territorio bárbaro ciudades y campamentos romanos, y Probo, en una carta dirigida al Senado, se vanaglorió de haber reconquistado setenta soldados y libertado a la Galia. Todos estos desastres no abatieron, sin embargo, a los alamanes: en efecto, en tiempo de Constancio Cloro, la Alemania se extiende desde Maguncia hasta las fuentes del Danubio y el lago de Constanza, y aún vemos que una gran invasión de estos pueblos avanzó hasta Langres. A mediados del siglo IV inundan toda la Galia del Nordeste y son dueños de Estrasburgo, de Espira, de Worms y de Maguncia; los éxitos de Juliano y la gran victoria de Estrasburgo sólo temporalmente les detienen. Hacia el año 367 una de sus hordas es destruída a orillas del Mosela, en ocasión en que los guerreros se bañaban, bebían y pintaban de rojo sus cabellos; otra horda es vencida cerca de Chalons-sur-Marne (4).

A las orillas del Rin llegaron también los burgundios que ya en el siglo I conoció Plinio en el Oder y cuya primitiva historia es muy oscura. Cuando Fastida, el rey de los gépidos, les infligió una terrible derrota, todavía estaban en la Germania oriental, siendo probable que a consecuencia de este desastre buscaran fortuna por el lado del Rin a expensas de los alamanes. Establecidos a fines del siglo IV en la cuenca inferior del Main, forman allí una población numerosa que cuenta 80.000 guerreros; gobernados por reyes que llevan el título de *Hendinot*, los deponen si no han sido afortunados en la guerra ó si se ha perdido la cosecha.

Detrás de esta primera línea de pueblos bárbaros fórmanse y se agitan otros grupos: cierto que los frisonos conservan su antiguo territorio entre el Ems y el Rin y no representan papel alguno en la historia de las invasiones de los siglos IV y V; pero, en cambio, al lado

(3) Estas hordas bárbaras penetraban entonces hasta el corazón de la Galia, y aun se ha llegado a suponer que Burdeos fué destruída en 276: Jullian, *Inscriptions romaines de Bordeaux*, páginas 296, 588; *Histoire de Bordeaux*, 1895, pág. 42.

(4) Se ha creído por muchos que los nombres de lugares terminados en *heim*, tan frecuentes en la Alemania del Sudoeste, en Suiza y en Alsacia, indicaban la ocupación alemana; pero hoy esta teoría es discutida. Hans Witte, *Korrespondenzblatt des Gesamtvereins der deutschen Geschichts- und Altertumsvereine*, 1899.

de éstos se constituye el grupo temible de los sajones. Ptolomeo es quien primero señala su existencia a la entrada de la península cimbria, en el territorio del actual Holstein, y en el siglo III su nombre se extiende a los pueblos vecinos y del grupo sajón entran a formar parte los queruscos, los caucos y los angrivarios. El emperador Juliano considera que ellos y los francos son los más belicosos de entre los germanos; piratas terribles, desde fines del siglo III devastan las costas de la Galia, fundando en ellas establecimientos que pudieran todavía reconocerse por la forma de los nombres de lugares terminados en *tun, thun* (cercado, vivienda), tan frecuentes en los alrededores de Boulogne y de Saint-Omer (1). Son vecinos peligrosos para los salios, a quienes intentan expulsar de la isla de los Bátavos, y sus hordas, «a menudo alimentadas de la muerte de los romanos,» llegan por mar y el Rin hasta Colonia; en 373, Valentiniano los derrota en Deutz, cerca de Colonia, «en las mismas fronteras del país de los francos.»

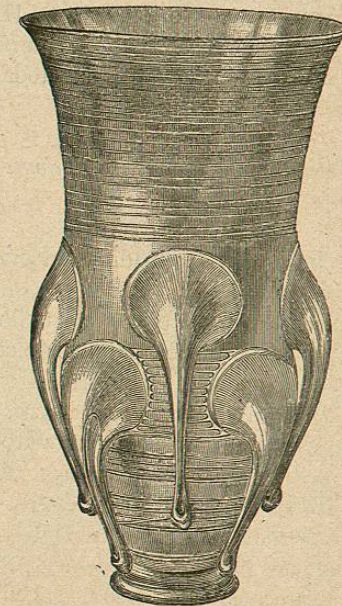
Al Sur, entre el Weser y el Elba, ha desaparecido desde el siglo II el nombre de los hermundurios, que a principios del siglo V es reemplazado por el de los thuringios, los cuales se extenderán más adelante hasta el Danubio. En el curso medio de este río, por el lado de la Rhetia y de la Nórica, están los marcomanos; este grupo, que será después el de los bávaros, es aliado de los cuades y en unión de éstos se dedica al más desenfadado bandillaje, arrastrando consigo a las poblaciones eslavas vecinas, robando hombres, mujeres y rebaños y embriagándose con el espectáculo de las ciudades incendiadas y de los habitantes asesinados.

El grupo gótico se extiende por toda la Germania oriental. En los siglos III y IV era frecuente establecer una distinción entre los godos y los germanos, distinción que aún actualmente aceptan algunos historiadores. A fines del siglo I y comienzos del II, la mayor parte de los pueblos góticos, gotones, hérulos, gépidos, turcilingos, rugios, etc., habitaban, cerca de los eslavos, en las costas del Báltico y en las orillas del Vístula; más adelante, a mediados del siglo II, cambian de residencia, descienden hacia el Sur y desde las playas del mar Negro se diseminan a lo largo del Danubio. Erróneamente se ha pretendido en diversas ocasiones identificarlos con los getas a quienes los historiadores griegos han conocido en las mismas regiones muchos siglos antes.

El nombre de godos adquirió progresivamente gran incremento. El grupo que lo lleva comprende numerosas subdivisiones: al Este, entre el Dniéper y el Pruth, están los greuthungos, que luego se denominarán ostrogodos; al Oeste, entre los Carpatos y el Danubio, los therwingos, que con el tiempo se llamarán visigodos; detrás de los therwingos hay los gépidos; delante de ellos los vándalos se establecieron, desde el siglo III, en la región del Danubio y del Theiss, y a lo largo del Danubio aún se escalonan otros grupos. Si avanzamos más hacia el Este, la barbarie reviste todavía mayor salvajismo; así en la cuenca inferior del Danubio, los fe-

roces hérulos, derivados del grupo gótico, conservarán hasta el siglo VI la costumbre de los sacrificios humanos. En el transcurso de la segunda mitad del siglo III los godos fueron para el Imperio terribles adversarios; según parece, inundaron en número de 320.000 las provincias de Oriente y hasta pusieron sitio a Salónica, pero contenidos por las victorias de Claudio *el Gótico*, sus incursiones desde entonces fueron sólo parciales. Ya veremos cómo a fines del siglo IV la llegada de los hunos los arrojó sobre el Imperio en masas tumultuosas.

Aun más allá, el grupo alánico se extiende hasta el



Copa de vidrio de los francos, hallada en una tumba próxima a Selzen (19 centímetros de altura)

Asia. Los alanos se anexionaron, gracias a sus victorias, los pueblos vecinos, aquellos que Amiano Marcelino enumera y cuyas costumbres describe acudiendo a las tradiciones legendarias de los historiadores griegos, a saber: los nervios, que viven cerca de las cimas cubiertas de nieve; los vidinios, los gelones, que se hacen vestiduras de la piel de sus enemigos; los agathiros, que se pintan el cuerpo y los cabellos, y los melaclenos, que se alimentan de carne humana. Estos pueblos difieren de los germanos; son nómadas, no tienen casa ni tierras de labranza, la familia vive en carros y el hombre a caballo, y de esta suerte recorren errantes inmensas regiones, llevando por delante sus rebaños. Apasionados por la guerra, envejecer les parece una prueba de cobardía, y una espada plantada en el suelo es para ellos la imagen de la divinidad. Los alanos, por otra parte, no son, al parecer, de origen germánico, pero se mezclan con los godos, siendo frecuentes las relaciones entre los grupos vecinos: ya en el siglo III, el emperador Maximino nació del matrimonio de un goda con una alana (2).

Un hecho esencial se desprende de esta rápida ojeada sobre la situación de los pueblos germánicos, a sa-

(2) Dejo a un lado la cuestión de las relaciones entre el mundo germánico y el eslavo, que podrá estudiarse especialmente en Müllenhoff, *Deutsche Altertumskunde*, tomo II, págs. 77 y siguientes.

(1) Kurth, *La frontière linguistique en Belgique et dans le Nord de la France*, 1895-98, «Mémoires de l'Académie de Belgique.»